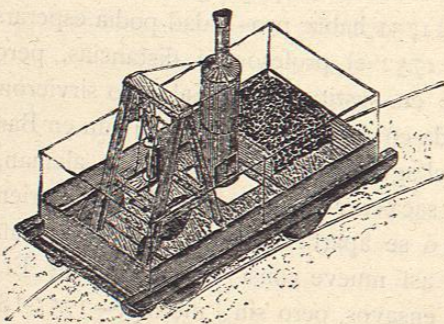


hasta dos años más tarde. En aquel mismo año de 1809 llegó Napoleón, que llevaba en su acompañamiento á su médico de cámara Lerroy, el cual traía de paso para su colega Soemmering diferentes piezas anatómicas preparadas, y quizá fuese él quien dió á entender á este último que debía presentar su invención al emperador; lo cual efectivamente hizo, no entonces sino más tarde en París, pero Napoleón no quiso interesarse por la invención diciendo: «Es una idea germánica.»

Menospreció, pues, Napoleón, el telégrafo, como antes menospreciara el vapor, cuando, si fuéramos de los que creen en esa acción particular de la Providencia, diríamos, cuando la Providencia había puesto en manos de Napoleón los medios de destruir á Inglaterra y de realizar su sueño dorado de cruzar el canal de la Mancha.

Soemmering no desmayó por esto y como Winkler, se telegrafió por debajo del río Isar con su amigo Schilling, quien, nombrado mentor de embajador en Rusia llevó al tzar la invención de Soemmering, pero tampoco prosperó, ni aún cuando el inventor puso en 1813 telegramas por medio de cables eléctricos de tres mil ciento once metros, pues los capitalistas, los que jugaban á la Bolsa, no sabían ver las ventajas de tal invención y no tenían en ella confianza.

En fin ya hemos dicho como se había transformado la fabricación del papel obteniéndose por la invención del francés Robert, desde el año 1799, en rollos, en vez de pliegos. Esta invención exigía otra, la de poder imprimirse este rollo de papel de una manera también continua. Esta necesidad en donde se sentía principalmente era en Londres, en donde la imprenta, la prensa, el diario, gracias al régimen de libertad absoluta bajo el cual vivía, ha-



Primera locomotora

bía alcanzado un desarrollo considerable, en particular el *Times*, que ya era entonces el diario que mayor circulación tenía en el mundo. Su propietario Walter gastaba enormes sumas siempre en vano para satisfacer las exigencias de sus abonados por medio de las prensas á mano, hasta tanto que en su auxilio acudió el alemán Koenig,—1774-1833,— que había aprendido el oficio de impresor tipógrafo en Leipzig. Este hombre no encontró en Alemania, en la nación de los libros, y en la ciudad hoy capital de la librería del mundo, el apoyo que necesitaba, por lo que se marchó á Inglaterra, en donde un impresor animoso, Benslay, y un mecánico paisano suyo, Bauer,—1789-1866,—le animaron y se asociaron á él, sacando inmediatamente patente de invención,—1810 y 1811.—«En este último año, dice Leixner, empezó á trabajar la primera prensa de su sistema en la imprenta de Benslay, y el 29 de Noviembre de 1813, fué publicado el primer número del *Times* impreso en la máquina, y encabezado con un artículo de fondo en que se descubría de un modo sencillo la nueva invención, como un homenaje al genio que la había concebido, diciendo entre otras cosas: «Como Cristal Warren,—el arquitecto de la catedral de San Pablo de Londres, y de otras obras monumentales,—se erigió con su obra su propio monumento, así hicieron con la suya Koenig, hijo de Sajonia, y su colaborador y paisano Bauer.»

Otras invenciones podríamos citar todavía referentes á estos períodos históricos que nos ocupan, pero por lo mismo que no adquirieron toda su importancia hasta el período siguiente hemos de dejar para éste el hablar de los grandes progresos del espíritu humano, hechos, gracias al vuelo que había tomado por todas partes, llevado de las alas de las revoluciones americana y francesa.



## CAPITULO III

## LAS LETRAS

Condición de la gente de letras á primeros del siglo XVIII.—Su nueva importancia: J. B. Rousseau y Lefranc de Pompignan.—La poesía épica: Voltaire y la *Henriada*, L. Racine, Gresset.—La poesía ligera: la fábula, el cuento, el epigrama.—La poesía didáctica y descriptiva.—La poesía erótica.—La poesía popular.—Los poemas en prosa.—La novela: le Sage, Marivaux, Brevort, la Riccobini; influencia de Richardson.—J. J. Rousseau y la *Nueva Eloísa*.—Cuentos en prosa: Hamilton, Voltaire, Marmontel.—Traducciones y cuentos en prosa.—La elocuencia.—*El arte dramático*.—Decadencia de la literatura dramática á últimos del siglo XVII.—La tragedia: Crebillon, Voltaire, du Belloy, La Harpe.—La comedia de costumbres: Regnard, Dancourt, Dufresny, Destouches, Gresset, Piron.—El drama burgués: Diderot, Saurin, Beaumarchais.—La comedia satírica: *Los filósofos*, de Palissat, y *La escocesa*, de Voltaire.—La comedia italiana: Marivaux, Facart, Florian.—La comedia política y social: Beaumarchais: el *Barbero de Sevilla* y el *Matrimonio de Figaro*.—La erudición.—Filología sagrada.—Patrología.—Hagiografía.—Historia monástica.—Historia eclesiástica.—Historia literaria.—Arqueología.—Numismática.—Geografía.—Historia heráldica.—Paleografía.—Diplomática.—Linguística.—Biografía.—Bibliografía.—Historia general.—Historia de Francia.—Colecciones y compilaciones históricas.



IGLO alguno fué más literario que el XVIII, ninguno produjo un número mayor de obras literarias. Se comprende, pues, que el número de autores creciera en proporción, y ese aumento de escritores tan extraordinario, se puede atribuir á varias causas. «La manía de los franceses, es la de tener ingenio, decía Montesquieu, en el año 1720, en sus *Cartas de Persia*, y la manía de los que quieren tener ingenio es la de hacer libros.» Montesquieu sentía un profundo desprecio por la mayor parte de las obras que se publicaban en su tiempo, y suponía que los autores de tales libros eran necios á quienes la vanidad había puesto la pluma en sus manos. «La Naturaleza, añadía, parece haber sabiamente atendido á que las necesidades de los hombres fueran pasajeras, y los libros las immortalizan.» Pero los libros en su tiempo, como en todos los tiempos, no tenían, generalmente, más

que una existencia efímera, cualquiera que fuera su éxito en el momento de su aparición, y caían tanto más pronto en el olvido, cuanto menos lenta y trabajosa había sido su creación. Fontanelle, decía: «Son las hojas de los árboles; tan pronto empiezan á amarillear, se da al olvido que han sido verdes y frescas, y cuando se marcha por encima, no sirven mas que para hacer abonos.»

Multiplicáronse las obras de literatura á más y mejor, cuando se hizo de moda el gusto por las letras, y esta moda, que se ve nacer bajo la Regencia, apenas nacida, ya se desparrama y arraiga, por decirlo así, en todas las zonas de la sociedad francesa que se interesaba por el cultivo de las letras y que se complacía en fomentarlas. Es una moda que sin duda varía y que cambia de objeto como todas las modas, pero que persiste á través de todas las transformaciones del espíritu público y que ejerce

más imperio, á medida que se ve aumentar la cantidad de libros de literatura ligera, condenados por su carácter mismo y por su destino, á caer muy pronto en el olvido, sin dejar más huellas que las hojas de los árboles al acabar la bella estación.

Esta literatura ligera durante los últimos años de Luis XIV, fué relativamente moderada y limitada en el número de sus producciones; en esta época se

publicaban muy pocas poesías y muy pocas novedades; se leía mucho menos que en el período brillante del gran siglo; ó mejor, se había la gente acostumbrado á lectura más seria; sobre todo se leían las obras de los autores de fama, por lo que sus obras se reimprimían á menudo. La famosa disputa entre los antiguos y los modernos fué todavía un movimiento literario, en el cual se dignó tomar parte

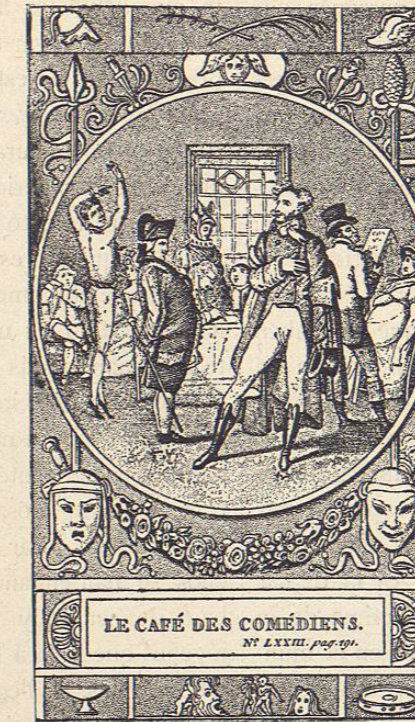


por un momento la buena sociedad, pero que continuó en las academias, en los centros de reunión y en los cafés; pues los cafés, por este tiempo, eran ya el punto de reunión de los autores y sobre todo de los poetas que gradualmente fueron separándose de los salones donde la reserva y el rigorismo reinaba en lugar de la amable facilidad de las costumbres de otro tiempo. ¿Es que las gentes de mundo estaban cansadas de leer versos ó prosa y de oír hablar de una y otra cosa? ¿Es que las gentes de letra habían perdido ya todo su prestigio y se les reputaba indignas de ocupar un puesto entre las gentes de mundo? Sea de ello lo que quiera, desde 1700, á la muerte del viejo rey, los buenos auto-

res no fueron ya admitidos en la buena sociedad y sus obras tampoco. Las cosas cambiaron casi de repente bajo los auspicios de la regencia del duque de Orleans. Las gentes de letras, sin abandonar los cafés en donde habían tomado domicilio, volvieron con los honores de la guerra á los salones de donde habían sido desterrados, y las relaciones sociales se restablecieron sobre el mejor pié entre las gentes de letras y las gentes de mundo. Escuchemos á Duclos, en sus *Consideraciones sobre las costumbres de ese siglo*: «Hay dos clases de condiciones que tienen más relaciones con la sociedad, y sobre todo con las gentes de mundo que no tuvieron en otros tiempos. Tales son las gentes de letras y los hom-

bres de negocios; lo que solo debe entenderse por los más distinguidos de entre ellos, los unos por su reputación y agradable trato y los otros por una opulencia fastuosa. En otro tiempo las gentes de letras entregadas al estudio y separadas del mundo, al trabajar por sus contemporáneos no pensaban más que en la posteridad. Sus costumbres llenas de candor y de rudeza tenían poca relación con las de la sociedad, y las gentes de mundo, menos instruidas que hoy, admiraban las obras ó mejor el nom-

bre de los autores, pues no se creían capaces de vivir en su compañía. En este alejamiento entraba mejor consideración que repugnancia. El gusto de las letras, de las ciencias y de las artes ha ido ganando insensiblemente, y hemos llegado á un punto que los que no lo tienen aparentan tenerlo. Así se ha buscado á los que las cultivan y han sido atraídos al mundo en proporción al placer que se encuentra en su comercio. De una y otra parte se ha ganado con esa relación. Las gentes de mundo han cultivado su



espíritu, formado su gusto, y adquirido nuevos placeres. Las gentes de letras no han sacado de ello menos ventajas; han encontrado la consideración, perfeccionado su gusto, pulido su espíritu, han dulcificado sus costumbres y adquirido sobre varias materias, luces que no habrían podido sacar de los libros.»

Fué, pues, el ingenio ó mejor la cultura del ingenio, lo que más contribuyó á establecer una especie de igualdad entre todas las clases de la buena sociedad. «Una de las grandes ventajas de nuestro siglo, escribía Voltaire por este tiempo, es ese número de hombres instruidos que pasan de las espigas de las matemáticas á las flores de la poesía, y que juzgan igualmente bien un libro de metafísica que una obra de teatro. El espíritu del siglo les ha hecho en general tan aptos para el mundo como para el gabinete, que es lo que los hace tan superiores á los hombres de los siglos precedentes.»

Voltaire no reconocía menos en principio, «que la palabra *autor* es un nombre genérico que puede, como el nombre de todas las otras profesiones, significar lo bueno y lo malo, lo respetable y lo ridículo, lo útil y lo agradable ó el montón de desechos.» El autor del *Diccionario filosófico*, que no deja nunca de expresar el desprecio que le inspira la turba multa de los escritores, se complace en rendir homenaje á la dignidad de las letras en la persona de sus más dignos representantes: «Los verdaderos autores, dice, son aquellos que han conseguido sobresalir en un arte verdadero, ya sea en la epopeya, ya en la tragedia, ya en la comedia, ya en la historia ó la filosofía, que han enseñado ó han encantado á los hombres. Los otros son entre las gentes de letras lo que los abejorros entre los pájaros.» Durante Luis XV, como nos lo hace saber Duclos en sus *Memorias*. «Un hombre de letras que supiera escribir era recibido en la mejor socie-

dad... Entonces las gentes distinguidas iban detrás de las gentes de letras para ofrecerles puestos lucrativos. Los hombres de letras con tal que sean de familias honradas y no tengan lazos de dependencia personal, pueden aspirar á vivir con lo que hay de más grande, si los mismos gustos y las mismas ideas los asocian.» Tal era el origen de esta igualdad moral que las gentes de letras, bien nacidas ó bien educadas, habían introducido en todas las sociedades donde el espíritu marchaba de par en par con la nobleza. Sin duda, hubo excepciones y extraños contrastes entre las mismas personas que más solícitas se mostraban recibir las gentes de letras y en atraerlas por toda clase de atenciones y agasajos. Así la vieja marquesa de Defant, que tenía al rededor de su sillón de ciega una corte espiritual de literatos franceses y extranjeros, escribía en el seno de la confianza á su amigo Walpole: «Estad seguro que no hay nada más fastidioso, y aburrible, que los escritores y los autores. No se ve, en la sociedad, más que imbéciles que no saben nada, que no sienten nada y que no piensan en nada, ó gentes de ingenio pagadas de sí mismas, celosas, envidiosas y á quienes hay que odiar ó menospreciar.» Voltaire parecía que había previsto la respuesta de la señora de Defant, y que á pesar de todo su talento tenía merecida: «La mayor desgracia para un hombre de letras no es la de ser objeto de los celos de sus colegas, la víctima de la cábala, el menosprecio de los poderosos en el mundo, sino el ser juzgado por los necios.» En efecto, los literatos, tenían que quejarse á menudo de juicios ligeros ó injustos de las gentes de mundo, que se erigían en árbitros del gusto y que resolvían las cuestiones de arte con una caprichosa ignorancia. Fontenelle, que más que otro alguno frecuentaba la sociedad de las gentes de talento, dolíase muchas veces de haber tomado la palabra en su presencia: «¡Cuántas buenas cosas, decía á este propósito, no van á morir todos los días en el oído de los necios!» Esto explica porque los literatos se encontraban mejor en el café, donde tenían un auditorio más literato, sino más simpático. Hé aquí un curioso cuadro de esta vida de café, según las *Memorias* de Duclos: «Lamotte, dice, estaba calificado del hombre de letras más amable. Era el Dios del gran café Graudot. Después de haber vivido en la mejor sociedad de París y en la corte, ya ciego y paralítico, se hacía conducir en litera al café, para distraerse de sus males con la conversación de los sabios y de las gentes de letras que iban á ellos. Allí se reunían Maupertius, Saurin y Nicole, de la

Academia de ciencias, y Melin el economista y otros. Lamotte era el punto de reunión de la Asambleable, y nadie mejor que él por el tono y finura que daba á la discusión.»

Duclos, que no se dió á conocer como literato sino mucho después que Lamotte y Fontenelle, se había distinguido por su original conversación entre los concurrentes del café Graudot, antes de ser uno de los adornos de la sociedad del conde de Caylus y de las reuniones más selectas de la capital. A su título de hombre de letras y á estas relaciones es á lo que debió los medios de hacer su camino en el mundo y de llegar á la fortuna. «Las letras no dan precisamente un estado, dice en sus *Consideraciones sobre las costumbres*, pero hacen su vez á los que no tienen otro, procurándoles distinciones que gentes que, les son superiores por el rango, no obtendrían siempre. El talento tiene la ventaja de probar en aquellos que lo estiman que á su vez le tienen... Pero desde el momento en que un buen talento se ha convertido en un contagio, tal se erige en protector, cuando más que otro tendría necesidad de protección. Los éxitos de algunos hombres de letras han hecho errar á muchos, pues las gentes de fortuna que tienen talento y letras, buscan las gentes de letras y están orgullosas de su amistad. Así todosse han creído poder gozar las mismas distinciones, y muchos se han engañado.» Esas decepciones no dejaban de ser muy frecuentes, y los desgraciados jóvenes que iban á París de provincias en busca de un Mecenas, no llegaban á franquear ni siquiera el umbral de esas sociedades inteligentes, en donde la literatura estaba en pleno fervor, y que tantas simpatías concedían á las gentes de letras. Voltaire, que había escrito la cruel sátira del *Pobre diablo* para pintar el grado de abyección á que podía conducir el oficio literario, no vaciló jamás en declarar que las gentes de letras, en Francia, nunca habían tenido tanta nobleza de espíritu, «excepción hecha, añade, de algunos desgraciados que se llaman hombres de letras con el mismo derecho que los blanqueadores tienen para decir que cultivan la profesión de Rafael, ó que el cochero de Vestamont era poeta.»

Por lo dicho ya se concibe que los poetas estaban en mayoría entre los autores; también eran los más desdenados, aún cuando no eran los más insostenibles, y la mayor parte vegetaban en la miseria, indignándose de ser ignorados ó desconocidos pero contando con la inmortalidad de su nombre. En general se huía de ellos, y se les dejaba hacer y morir en su incurable orgullo. «Decidme, pregun-

taba uno de esos huéspedes extranjeros que Montesquieu hace ir á París en sus *Cartas persas*, decidme, ¿quién es aquel de enfrente nuestro que está tan mal vestido, y que hace algunas veces muecas y habla un lenguaje diferente de los otros, y que no tiene talento para hablar, pero que habla para tener talento?—Es, me respondieron, un poeta y el grotesco del género humano. Esas gentes dicen que han nacido para ser lo que son, esto es cierto, y también para ser lo que serán durante toda su vida, es decir, los más ridículos de todos los hombres. Así, nadie les guarda miramiento alguno, y sobre ellos se derrama el desprecio á manos llenas. El hambre ha hecho que éste entrase en esta casa, y ha sido bien recibido por el señor y la señora, porque su bondad y su urbanidad no se desmienten para con nadie.» Montesquieu no gustaba de los poetas, porque en su vida hizo siempre malos versos. Voltaire, que era poeta, tiene más indulgencia y piedad por esas tristes víctimas de la manía poética. «El número de aquéllos á quienes pierde esta pasión, dice en sus notas á la *Apología del lujo*, es prodigiosa: hácese incapaces para todo trabajo útil, y su pequeño orgullo les impide tomar un empleo subalterno, pero honesto, que les daría pan; viven de rimas y de esperanzas y mueren en la miseria.»

Los poetas, los novelistas, los compiladores, las gentes de letras á sueldo de los liberos, y en particular todos aquellos que se generalizan bajo los nombres de folicularios ó redactores de periódicos literarios, pululaban por todas partes; llegando todos los días en los coches de París nidos de ellos, como decía Piron. Hubiese habido de qué fatigar y disgustar al público, si el gusto de las letras no hubiese penetrado tan adelante en las costumbres, y en los hábitos de todo el mundo. La lectura hacía la principal ocupación de las mujeres más frívolas. Se comprende que tantas gentes, viviendo de su pluma, vivieran mal y que acabaran por morir de hambre. «La pobreza del hombre de letras, decía Mercier, es un título de virtud, y prueba que no ha envilecido jamás su persona ni su pluma.» En otra parte vuelve sobre ese doloroso motivo que sin cesar le acosa.—«La más deplorable condición, dice, es la de cultivar las letras sin fortuna, y hé aquí la suerte del mayor número de literatos. Casi todos tienen que habérselas con el infortunio. De ello resulta un debate eterno entre la alteza y la nobleza de ideas y las necesidades imperiosas y envilecedoras. Es un suplicio diario intolerable. Es preciso que mate al hombre ó su genio ¡Que el que

no encuentre cubiertas sus necesidades, se guarde bien de querer fundar su subsistencia en su pluma! ¡Ah! ¿es que no he visto morir entre los horrores de la indigencia á algunos hombres de letras tímidos y honestos? El socorro llegaba después de su entierro.» Esto es lo que pasó á la muerte del poeta Malfilâtre. Su ataúd estaba á la puerta de su casa, cuando se recibió para él una cantidad que tal vez le hubiese podido salvar, de haber llegado dos días antes. Verdad es que el número de los protectores había disminuído considerablemente, pero no se había perdido la especie, y algunas gentes de letras obtenían pensiones ó puestos del gobierno. Esos privilegiados no eran siempre, como ya se puede comprender, los más meritorios. Así, pues, los feroces celos de los confrades desheredados alcanzaba proporciones homéricas. Este fué ciertamente el origen de esta temible oposición que se formó, contra el gobierno y la corte, entre las gentes de letras; oposición que tuvo tanta influencia sobre la marcha de los sucesos políticos, al acercarse el año 1789.

La poesía y la literatura habían tenido aún un papel más limitado y modesto á principios de siglo. Boileau rimaba aún, pero de una manera penosa y pobre. La última edición de sus obras hecha en el año de 1801 y que él llamaba su edición *favorita*, no contenía sino un corto número de obras nuevas, entre otras la sátira XI y una veintena de epigramas, y ya en adelante no compuso mas que una sátira sobre *El equívoco*, la más pesada y la más débil de todas sus sátiras, lo que no le impedía juzgar con el mayor desdén á todos los poetas que no se ponían bajo su férula.—«Los Pradon de mi tiempo, decía, eran águilas al lado de estas gentes.» Esos últimos suspiros literarios fueron, sin embargo, un quejumbroso eco de la querrela entre los antiguos y los modernos, Murió en 1711, á la edad de setenta y seis años, sin tener el sentimiento de ver la publicación de la *Iliada*, de Homero, reducida á doce cantos, y despojada de todas sus bellezas poéticas y transformada en pedestres versos de Lamotte-Houdard. Ese desgraciado ensayo, hizo menos daño á Homero que á Lamotte, que se había ya dado á conocer por sus odas morales mejor pensadas que escritas y por sus églogas no menos prosaicas. Madame Dacier, que había traducido la *Iliada* en prosa, tomó por alto la defensa de la poesía griega y protestó contra la corrupción del gusto. La Academia francesa poseía aún dos poetas de la escuela de Horacio y de la Fontaine. Regnier Desmarais y Pavillon; en cuanto á Fontanelle, que había hecho pastorales y herodiadas, á la manera de Ovidio, no